

## Fin

Finales de verano, domingo, 11.47 h.

Mientras saboreaba una taza de exquisito té arábigo en la terraza de su piso barcelonés, Julia alzó la mirada por encima de la barandilla.

Mmmmm... Su vista se perdió a lo lejos, sin edificios que la entorpecieran. Hacía dos años que vivía allí, cerca de la ciudad pero alejada del tumulto, un lugar de gentes amables, algo solitario, aunque a todas horas se sentía acompañada. Era lo que siempre había deseado: disfrutar de su soledad y justo ahora lo lograba. Era, entre otras, la recompensa a su personal travesía por el desierto.

Consciente de la etapa que acababa de superar y de lo que ello significaba en su vida, se limitó a disfrutar del momento.

Nunca más volverían a sucederle cosas no deseadas. La tranquilidad que le proveía tal certeza no era ingenua. Sabía que se repetirían los retos y los momentos difíciles, las personas y las situaciones complicadas. Pero ahora era capaz de afrontar con éxito lo que la vida le pusiera por delante porque había dado un paso de gigante, había reconocido y asumido su responsabilidad vital y eso la había convertido en una auténtica triunfadora.

Se prometió a sí misma que nunca, nunca más, volvería a olvidar cuál era su responsabilidad en la vida, para consigo misma y para con los demás.

Acabó su té, entró en la casa, se preparó un baño y se dispuso a disfrutarlo mientras pensaba en la cita que tenía ese mediodía.

Alejandro la recogería a las 13.15 h para ir a comer. Y después... bueno, la tarde prometía.

Por fin, parecía que esa vieja costumbre de dar con el hombre equivocado, también se había esfumado.... ¿Tendría alguna relación con haber aprendido a emitir las señales adecuadas?

Sonrió ante el carácter retórico de la pregunta y se zambulló en la glamurosa espuma con aroma de magnolias, mientras repasaba mentalmente las dudas e inseguridades que precedieron, meses atrás, a aquel primer encuentro con Roberto.

## Una llamada decisiva

—¿Será éste un buen momento para llamarle? —se preguntó Julia.

Esta duda que en otro momento podía haber indicado un carácter profundamente empático, revelaba, en esta ocasión y por el hecho de ser la decimocuarta vez que se la hacía en las últimas dos horas, el grado de ansiedad del que Julia se hallaba presa.

Se lo había preguntado catorce veces y había marcado el número en seis ocasiones, y aun así, no había modo de superar el instante decisivo y pulsar la teclita verde del móvil.

Julia salió a la terraza tratando de buscar aire, para tranquilizarse. En un ejercicio al más puro estilo zen, se sentó en el suelo y respiró profundamente, invocando a su voz interior y pidiéndose a sí misma una respuesta ante el porqué de aquella indecisión.

La respuesta llegó, por obvia, enseguida: ataque mayúsculo de inseguridad.

No cabía duda. Además de su voz interior, los síntomas se manifestaban a gritos: pulso acelerado en el momento de llamar, obsesión sobre qué diría al escuchar aquella voz desconocida al otro lado del teléfono, temor a aturrullarse y a no expresarse correctamente... Tenía miedo de realizar aquella llamada.

Suponía el inicio de una búsqueda, y aunque en lo más

profundo de su ser deseaba obtener respuestas acerca de los porqués de algunas situaciones más que recurrentes en su vida, temía con igual intensidad enfrentarse a sus propias respuestas. Pero debía hacerlo. Estaba decidida, esta vez era consciente de lo mucho que tenía que perder. Era su gran oportunidad profesional y no estaba dispuesta a dejarla escapar por aquellas «tonterías» que ocurrían a diario en la oficina.

Tenía que aprender a poner a los demás en su sitio y a ganarse el respeto y la autoridad de sus colegas y colaboradores. No podía permitir que, una vez más, la situación pudiera con sus nervios y fuera ella quien acabara tirando la toalla.

Marcó el número de nuevo y apretó la tecla de llamada. Esperó impaciente varios tonos, mientras trataba de decidir qué hacer. ¿Y si, finalmente, se activaba un contestador automático? ¡Cielos! No había pensado antes en ello. ¿Qué mensaje podía dejar? Él no la conocía. Si saltaba el contestador, lo mejor sería colgar y llamar más tarde.

La fortuna se puso de su parte ahorrándole algunas horas más de ansiedad y, en pocos instantes, se oyó una voz ronca pero agradable:

—¿Sí, dígame?

—Hola, buenas tardes. Me llamo Julia de Arteaga, usted no me conoce, me dio su número Miranda Grandes.

—¡Ah, Miranda! ¿Cómo está?

—Bien, muy bien. Ella como siempre.

—¿Sois amigas?

—Sí, desde hace años, estudiamos juntas, sólo que después hemos seguido caminos muy distintos. Como sabes, ella vive en Madrid y yo aquí en Barcelona, pero nos mantenemos en contacto y nos vemos siempre que podemos. Estamos muy unidas.

## *Una llamada decisiva*

—Estupendo, Julia, y dime ¿en qué puedo ayudarte?

—Bueno, verás... Me gustaría que tuviéramos una entrevista. Tengo algunos problemillas en el trabajo y Miranda me dijo que podrías ayudarme.

—¿De qué tratan esos problemillas, Julia? —la palabra problemillas fue pronunciada con un especial énfasis por su interlocutor.

—Es un poco complicado de explicar por teléfono, me gustaría saber si podemos vernos.

—Por supuesto que podemos, pero sería bueno que me adelantaras alguna cosa.

—Bueno, hace algunos meses cambié de trabajo y asumí la dirección técnica en unos laboratorios farmacéuticos de salud animal, pero no acabo de hacerme con el puesto. Bueno, en realidad, con el puesto sí, pero noto que no encajo con las personas, siento que no me respetan y ya no sé si soy yo, que no sé hacerlo mejor o son los demás, que me tratan así porque no les caigo bien. Me gustaría saber qué está pasando, porque no es la primera vez que me encuentro en una situación similar.

—¿Y? —el hombre hizo una breve pausa—. ¿Cómo podría ayudarte?

—Bueno, Miranda me dijo que conoce a algunas personas que atravesaron situaciones similares y que con tu intervención lograron superarlas y ¡en fin!, que les fue muy bien.

—Entiendo... Espera un momento, por favor. Voy a consultar mi agenda.

Que pueda mañana mismo, que pueda mañana mismo, rogó Julia en silencio. El hombre habló de nuevo:

—Tengo la primera hora libre dentro de un par de semanas, el...

—¡Uf! —interrumpió Julia con un suspiro en tono de

queja—. Eso es mucho tiempo, ¿seguro que no puedes atenderme antes? La verdad es que cada día que pasa me siento peor con la situación y si he decidido llamarte es porque, realmente, me veo muy apurada.

—Lo siento pero a menos que alguien cancele su cita... —se inició otra breve pausa tras la que el hombre habló nuevamente—. Espera, a ver... ¿Qué tal el martes próximo por la tarde, a las tres?

¡Horror!, pensó Julia, ¿cómo puedo tener tan mala suerte? El único martes desde que estoy en HEALTHCAN en el que hay reunión de Comité de Dirección por la tarde.

A pesar de ello, contestó entusiasmada:

—Perfecto, perfecto, me va muy bien —mientras le era imposible saber de dónde había salido esa afirmación tan espontánea.

Estoy loca, se dijo, ¿qué inventaré para excusarme?

La voz ronca interrumpió su pensamiento:

—Suelo empezar a las cuatro, pero haré una excepción contigo por ser amiga de Miranda. Te doy la dirección y te espero el próximo...

—Ya la tengo —interrumpió Julia, sin esperar a que acabará la frase—. Me la dio Miranda.

—Ah, en ese caso, sólo me queda una cuestión. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Puedes decirme la fecha y lugar de tu nacimiento? Y la hora, si la sabes con exactitud —añadió el interlocutor.

—Sí, sí la sé —Julia no se extrañó ante la demanda, Miranda le había advertido que no se trataba de una intervención de coach convencional—. Nací el nueve de noviembre de mil novecientos sesenta y seis a las diez y diez minutos de la noche, en Barcelona.

*Una llamada decisiva*

—¿Del sesenta y seis? Entonces ahora tienes cuarenta y dos años, ¿es así?

—Cuarenta y uno, cumpliré en un par de semanas.

—Sí, claro. Tienes razón. Bien, Julia, entonces estamos de acuerdo. Por cierto, mi nombre es Roberto.

—Sí, también lo sabía, me lo dijo Miranda —ella misma percibió una leve sonrisa en su tono de voz.

—Lo suponía —contestó el hombre y a Julia le pareció que también sonreía.

—Pero, por si acaso —añadió él—. Hasta el martes entonces, Julia. Si surgiera algún incidente que no te permitiera venir, te ruego me avises en cuanto lo sepas para ajustar mi agenda.

—Seguro, allí estaré, muchas gracias.

—Gracias a ti, Julia, hasta el martes.

—Hasta el martes. Adiós.

Colgó el teléfono entre aliviada por haber conseguido la cita y preocupada por la gestión de su agenda para el martes siguiente. ¡Bah! Alguna cosa se me ocurrirá, se dijo al instante en un alarde de seguridad.

Se preparó un baño; después, antes de cenar, saldría a dar un paseo con *Kyra* (un precioso ejemplar de cooker spaniel) para matar el tiempo. Esos malditos domingos de otoño en los que la tarde no acababa de morir jamás...





## La coincidencia

Aquella noche refrescó, la temperatura bajó seis grados sin previo aviso. Llegada la madrugada, el ropaje de la cama fue insuficiente para seguir albergando el confort esperado. Julia se estremeció en sueños, su conciencia regresó durante un instante, pero no suficiente como para despertarse del todo. Se removió en la cama y fue encogiéndose poco a poco hasta acabar en una postura más que fetal. Eso no alivió sus escalofríos cada vez más intensos, que lograron producirle un notable malestar hasta desvelarla del todo, una hora y media antes de la hora programada en el despertador.

El resultado de la incómoda postura fue una contractura en el hombro derecho que se encargó, a su vez, de multiplicar exponencialmente el mal humor propio de un lunes por la mañana.

—¡Maldita sea! —exclamó Julia, renqueando hasta el baño sin motivo aparente puesto que la contractura nada tenía que ver con las extremidades inferiores. *Kyra* acudió a saludarla como todas las mañanas pero se llevó un exabrupto muy distinto de las dulces y amantísimas caricias que su dueña le había procurado la noche anterior después del paseo. El animal comprendió rápidamente que no era mañana de fiestas y regresó a su camita, en espera de algún cambio de signo positivo.

Después de la hora que tardó Julia en arreglarse, la

moderna cafetera destilaba el aroma inconfundible del «cubito» de color negro, el de mayor concentración de cafeína y sabor más intenso. La intención era proveerse del temple adecuado para afrontar lo que se había convertido en su peor pesadilla: la relación con su propio equipo y con algunos colaboradores inevitables de otros departamentos. Se acordó de su primer día en HEALTHCAN, cuando el director de fábrica, Javier, le espetó: «¿Qué, ya vienes preparada para lidiar con esta fauna?» En aquel momento le pareció un comentario irrespetuoso para con su futuro equipo, pero ahora le parecía que Javier tenía sobrados motivos para referirse a ellos en esos términos. Si el equipo era horrendo, ¿qué podía hacer ella? Si la culpa de que las cosas no avanzaran según ella había previsto la tenía aquel grupo de incompetentes que nunca acertaban a hacer su trabajo en condiciones, ¿qué oportunidad de demostrar su valía profesional y progresar le quedaba?

Era una buena profesional, lo sabía. En su anterior puesto había conseguido logros insospechados, demasiado buenos incluso; estaba convencida de que por eso había tenido que marcharse. La envidia de algunos abonó el terreno de la incompreensión y lo que ella percibió como falta de apoyo por parte de su jefe hizo el resto. Acudió a su mente la cita concertada la tarde anterior; si las cosas eran así, ¿por qué era ella la que iniciaba un proceso para remediar la situación actual en HEALTHCAN?

Los insistentes ladridos de *Kyra* pidiendo calle la sacaron de sus reflexiones. Después de un apresurado y corto paseo, salió rumbo a la empresa.

Llegó antes de la hora habitual, aparcó el coche en su plaza y se dirigió a la oficina. Eliana, la recepcionista, al verla entrar tan temprano y con una postura corporal tan

llamativa, le dedicó una mirada interrogante. No era para menos, Julia llevaba la oreja derecha literalmente pegada al hombro, aunque no quedaba muy claro si era la cabeza la que descendía o el tronco el que subía.

—¿Qué pasó? —exclamó con ese tonillo tan característico de los colombianos.

—Pues que he dormido fatal y tengo una contractura gigantesca.

—¿Y fue al médico, mi hijita?

—No, todavía no. Iré más tarde, si no se me pasa.

—Sólo no pasará, linda, eso quiere reposo y en esta casa hay poco de eso. Usted sabe.

—Sí, la verdad. Bueno ya veremos. De momento, voy a adelantar cosas por si acaso.

El último comentario de Julia no había sido casual. En el trayecto desde su casa hasta la oficina había forjado un plan casi maquiavélico. La molesta contractura podía convertirse en una perfecta circunstancia para unos días de baja laboral, de modo que si sabía aprovechar el desafortunado incidente, podría acudir a su cita con Roberto sin tener que inventar nada y además tendría un día o dos de margen para reflexionar sobre lo que hablaran.

—¡Vaya! —se sorprendió—. Ya sabía yo que se me ocurriría algo.

Se tranquilizó con la idea de que, a fin de cuentas, no era necesario poner excusas ni mentir, aunque sólo fuera un poquito, para justificar su ausencia en el Comité el martes por la tarde. Al fin y al cabo, la contractura era real o, al menos, le dolía de verdad.

Por su mente cruzó el recuerdo de su loca y querida amiga Miranda. Ella diría que era cosa de sincronía.

El último verano habían compartido unos días de vacaciones en Menorca. En esos días Miranda andaba enre-

dada en la lectura de un libro, según ella apasionante, acerca del fenómeno de las coincidencias y había dicho: «Nada sucede porque sí, todo es una sucesión de hechos enlazados por la mano invisible de la sincronía», claro que, cuando lo afirmó, eran las cuatro de la madrugada y habían vaciado entre las dos un par de botellas de Dom Pérignon.

Pero después de lo sucedido, le vinieron a la mente las palabras de su amiga. Tal vez Miranda tuviera razón y la contractura tuviera alguna razón de ser en aquel momento; quizás no fuera casual. Bien mirado, no estaba mal procurarse, sin intención alguna, unos días de reposo.

Después de esta reflexión, le pareció que el dolor había disminuido notablemente. Sonrió para sus adentros, recordando a otra de sus personas queridas. Pablo, su amigo budista, obsesionado con la idea de la aceptación, explicaría el fenómeno de la disminución del dolor sin mediar antiinflamatorio alguno de la siguiente manera: «En el momento en que aceptamos algo, deja de ser una carga». Ésas fueron sus palabras, pronunciadas al pie de la enorme estatua situada a la entrada del centro budista del Panillo, localidad en la que residía.

Había llovido desde ese encuentro, pero Julia no las olvidaba; más bien al contrario, habían acudido a su memoria en innumerables ocasiones. En aquellos días, ella estaba en pleno proceso de selección para entrar en HEALTH-CAN. Pablo la sabía muy nerviosa y la había invitado, con la excusa de la recepción de un santón budista, del que no lograba recordar el nombre. Algo de Hamma Rathama Rimpoche, claro que todos se llaman igual, pensó.

En cualquier caso, recordaba la experiencia como algo más que curiosa. Durante su estancia aprendió a tranquilizarse mediante una técnica respiratoria llamada Agni

Prasana, y la verdad era que, últimamente, le estaba resultando muy útil para mantener a raya la tensión. Pero de filosofía no le había calado nada de nada. ¿Cómo se puede aceptar algo que te martiriza?, ¿o te duele?, ¿cómo puedes aceptar una agresión, por ejemplo?

El zumbido de las palabras médico, radiografía, ambulatorio, discursadas por la recepcionista colombiana, la devolvió al presente.

En esa idea que estaba concibiendo era fundamental que Eliana estuviera al tanto de la situación de primera mano. Si algo estaba claro en HEALTHCAN era que aquella mujer menudita, de piel oscura y manicuras imposibles, era el auténtico nudo gordiano de la comunicación de la empresa. Lo que no entraba por su centralita telefónica, lo hacía por la puerta principal donde estaba situado su «puesto de mando»; no se le escapaba nada y administraba, con la misma sabiduría, cambios en las agendas de las salas de reuniones, quejas de clientes, demandas de proveedores y habladurías internas. Sin duda y sin nombramiento, era la presidenta de Radio Macuto.

Julia se preguntaba cómo lo haría. No recordaba haber oído a nadie hablar mal de Eliana. En todo el tiempo que llevaba incorporada a su puesto, los únicos comentarios recogidos la dibujaban como una persona afable, apreciada por todos, siempre risueña y dispuesta a resolver cuantos asuntos llegaban a sus manos.

Por un momento la admiró. ¿Por qué yo no puedo llevarme bien con todo el mundo?, se preguntó.

—Eh, eh, eh, reacciona, Julia —se dijo, dándose un simbólico bofetón en la mejilla—. ¿Qué hago admirando a la recepcionista? No hay para tanto, seguro que si ella estuviera en mi puesto no sería tan genial. Se lo puede permitir porque no tiene que mandar nada a nadie. Si tu-

viera responsabilidades en la cuenta de resultados, seguro que no andaría tan amable y sonriente, y mucho menos si su trabajo dependiera de lo que hicieran otros.

Este pensamiento le recordó una de las tareas menos gratas que tenía pendientes sobre la mesa: reorganizar el organigrama de su equipo. Repasándolo, acudió a su mente la foto de Sebastián. Oooohhh, qué tiña le tenía. ¿Cómo se podía ser tan, tan... ni encontraba la palabra, tan... desconectado, eso, eso le definía. Se pasaba el día desconectado. Daba la impresión permanente de no escuchar nada de lo que le decía. Siempre que le hablaba, se quedaba observándola fijamente, pero con la mirada perdida, como si en realidad no la viera, asentía con la cabeza a todo lo que ella decía y después hacía lo que le daba la gana. No lograba hacerle hablar ni haciéndole preguntas: ¿Qué te parece Sebastián? Bien, bien... ¿Tú qué opinas? Sí, sí... ¿Crees que podemos añadir o mejorar algo? No, no... ¿Estará listo para la tarde? Sí, sí... Luego llegaba la tarde y el informe del laboratorio seguía incompleto. ¿Qué ha pasado? Dijiste que ibas a tenerlo listo antes de las cuatro. Sí, sí, pero me faltaban unos datos de producción, ahora va. Podían pasar dos horas más hasta que el informe estuviera terminado. Era exasperante. Y no era sólo eso, estaba además ese olor tan característico que desprendía y su perpetua camisa blanca, que muchos días ni se cambiaba. Dios mío, cuando pensaba que todavía quedaban diez años para que él se jubilara, se le nublaban el futuro. Aunque Sebastián no era el que más la preocupaba, al fin y al cabo, en ese caso, quedaba claro que la rara no era ella. Sebastián no hablaba prácticamente con nadie y todos le tenían por una persona que estaba en su cubículo, pasando el tiempo en tareas poco útiles. Hacía mucho tiempo que nadie esperaba de

él otra cosa que no fuera mover papeles de un lado a otro.

En realidad, era mucho más preocupante el caso de Lidia. Su arrogancia la ponía de los nervios y siempre hablaba en voz alta, excesivamente alta, como si diera por supuesto que a todo el mundo le interesaría lo que tenía que decir. Bueno, siempre no, cuando chismorreaba bajaba el tono de voz. Ella sí tenía mucha influencia en el resto del equipo. Su marido era proveedor de HEALTHCAN y, en Navidad, cuando la empresa organizaba el aperitivo para colaboradores externos, ella asistía en calidad de Esposa de Don..., lo que le permitía codearse con «los jefazos». Este hecho tan simple la enorgullecía a tal punto que fue de las primeras cosas que le hizo saber a Julia cuando se incorporó a su puesto. Todavía lo recordaba:

—Bueno, a mí ya me verás en otras, en Navidad tomaremos el aperitivo juntas —le había dicho Lidia.

Julia ingenuamente había contestado:

—¿Ah, sí?

—Claro mujer, mi marido es proveedor de la casa, uno de los más importantes.

—¡Ah! —había vuelto a exclamar Julia y, a continuación, no supo qué más decirle.

Siguió recordando aquella escena y evocó el olor, el olor de Lidia. ¡Santo cielo! Era peor que el de Sebastián... Nunca había soportado los perfumes excesivos, pero el de Lidia era ofensivo. ¿Qué marca sería? O tal vez el fabricante no tenía nada que ver, tal vez el asunto fuera cuestión de cantidad. Deberían poner advertencias en los envases de algunos perfumes, algo así como en los paquetes de tabaco: «El abuso de este producto causa malestar ajeno». Se rió sola. Por suerte, le quedaba sentido del humor.

Lidia era un problema serio. Ejercía mucha influencia sobre Carmen y Berta y, además, siempre andaba de palique con Carlos, el jefe de Compras, quien tampoco era santo de su devoción. Le daba la impresión de ser un tipo falso, un dos caras, un hipócrita en términos técnicos. Le había sorprendido en dos ocasiones contando el mismo hecho con versiones muy diferentes en función del interlocutor, y eso le creaba desconfianza.

Otra componente de su equipo era Carmen. Le caía bien, era una mujer trabajadora, amable, se esmeraba por cumplir, aunque no hacía aportaciones y presentía que cualquier confidencia que le hiciera tardaría en segundos en llegar a los oídos de Lidia. Técnicamente, podía confiar en ella, pero debía de andar con pies de plomo. Aunque eran la cara y la cruz en cuestión de carácter —Carmen era discreta, elegante, silenciosa—, llevaban muchos años trabajando juntas y eso no significaba precisamente que su lealtad estuviera de parte Julia.

También estaba Berta, pensó. Joven, inteligente, muy dispuesta y con ganas de aprender y progresar, en realidad estaba siendo su punto de apoyo en el equipo. Sólo que, a veces, tenía la impresión de que pretendía pasarle por encima y tampoco acababa de ver con claridad la dimensión de su lealtad. Estaba casi convencida de que la evitaba. Un par de semanas atrás, una tarde de sábado, se encontraron en un centro comercial. Julia pensó que sería un buen momento para interrelacionar, pero apenas Berta se hubo tomado un café con ella desapareció precipitadamente y evitó durante la conversación hacer ningún comentario de tipo personal, a pesar del interés que puso Julia por saber de su familia y de sus aficiones de tiempo libre. Según los manuales de liderazgo llegados a sus manos, que el jefe se mantuviera al corriente de estas cuestiones era un punto



importante para conseguir la colaboración de los componentes del equipo.

La melodía de su móvil la sacó de su reflexión. Era Juan Alberto, el director de Planificación, que quería saber si tenían los resultados de las muestras que habían mandado el viernes por la mañana. Le dijo que se había puesto en contacto con su departamento, pero ninguno le había sabido decir en qué punto estaba el asunto.

Julia se desesperó. Otra vez le tocaba a ella resolver cuestiones que no eran las propias de una directora de Control y Garantía de Calidad. Le pidió disculpas y se comprometió a llamarle en cuanto averiguara qué estaba pasando. Juan Alberto la tranquilizó:

—No te apures, espero no molestarte, es que en los últimos dos meses, cuando necesito algo de tu departamento, eres la vía más fiable.

—Bueno, ¿qué menos? —contestó Julia—. Si yo no me entero, ya me puedo ir a casa. Te llamo.

—Ok, bonita —se despidió Juan Alberto.

Aquel hombre era un misterio desde su bigote hasta sus zapatos puntiagudos y brillantes, pasando por su pañarita, y siempre la trataba con aires paternos, cuando en realidad tenían aproximadamente la misma edad. Es un frikie, pensó Julia, pero me cae bien. Tiene todo el aire de ser un tipo fiel a sí mismo, el tipo de gente en quien se puede confiar. Además, es inteligente y simpático. Tal vez con el tiempo podamos llevarnos bien.

Tomó el ascensor hasta la cuarta planta y se dirigió a su despacho. Desde el pasillo se escuchaba, sin esfuerzo, el resumen que Lidia les estaba haciendo a Carmen y a Berta de su fin de semana. Pasó por delante de la mesa de Sebastián, que acababa de llegar y estaba de espaldas poniendo el ordenador en marcha, y soltó un sonoro «¡Buenos días!». Se-

bastián apenas giró noventa grados, movió levemente, muy levemente la cabeza y le devolvió un sonido grave e ininteligible que, supuestamente, contenía un saludo.

No hay manera, pensó. Uno porque no habla y la otra porque grita... Menudo circo.

Pasó el resto de la mañana «apagando fuegos» y tratando de averiguar el paradero de los datos que esperaba Juan Alberto. Debería haberse encargado Berta del asunto, pero Lidia le dijo que necesitaba con urgencia una relación de los productos reactivos que se habían usado durante los últimos tres años y una comparativa de costes, para cerrar el presupuesto, así que quedó para otra hora el asunto de planificación.

Se enfadó con Berta:

—¿Quién manda aquí? ¿Quién fija tus objetivos, Lidia o yo?

—Tú, por supuesto —se defendió, con el supuesto recato de quien ha metido la pata—, pero ella me dijo que lo necesitaba urgente, ¿qué querías que hiciera?

—Pues decirle que espere, o que pida las cosas con tiempo y, si no, me preguntas a mí. Pero no podéis ir cambiando las prioridades del puesto de trabajo según soplan los vientos.

—Perdona, tú dijiste que teníamos que ser flexibles y saber cambiar las prioridades cuando fuera necesario —replicó Berta, con un tono más seguro.

—Ser flexibles es una cosa y cambiar las prioridades, atrasando la programación de producción, es otra. La próxima vez que ocurra algo así, que busque los datos ella; que yo sepa, los históricos están en un archivo al que tenemos acceso todo el departamento. Uno, tú no eres su secretaria; y dos, los favores personales se hacen fuera del trabajo.

## *La coincidencia*

—Te prometo que no pasará más, así se esté quemado el edificio, no muevo ni un dedo, si tú no me lo dices —respondió visiblemente dolida.

—¡Por Dios, Berta! No pretendo quitarte autonomía, ni restringir tu modo de organizarte las tareas... —iba a seguir, pero los ojos de Berta empezaron a brillar y temió que si continuaba, tendría que acudir a la caja de kleenex que guardaba en el cajón de su mesa—. Déjalo, estoy algo nerviosa y no me encuentro bien por el tema de la contractura, termina lo antes que puedas con eso y mándaselo a Juan Alberto.

—Voy —fue lo único que respondió Berta, dándose la vuelta y dirigiéndose a la puerta.

Una vez que se hubo marchado, Julia se dejó caer en su butaca. Sentía una desagradable presión en la boca del estómago. La duda la asaltó: ¿se habría pasado? Recordó que cuando ella empezó a trabajar, su primer jefe no gastaba ni cinco minutos en mirar cómo decía las cosas y ella no lloró jamás, aunque más de una vez maldijo todos sus huesos. ¿Sería que la gente era ahora más sensible que antes? Dejó el tema. Ya tendría tiempo de pensar en ello más tarde. Debía resolver algunos asuntos si quería llevar a cabo su plan.

Al mediodía salió a comer y antes dejó informada a Eliana de que no le pasara llamadas a partir de primera hora de la tarde, puesto que tras la comida iría al médico; el dolor empezaba a ser insoportable.

Regresó a media tarde con el brazo en un cabestrillo y el parte de baja laboral; pasó por RRHH, prefería entregarlo personalmente y al tiempo saludar a Lourdes, la responsable del departamento. No habían tenido mucho trato desde que se había incorporado, pero sí había tenido la oportunidad de escuchar su opinión acerca de algunas

cuestiones como la conciliación del horario laboral con el familiar y el mobbing y la habían impresionado favorablemente. Además, si más adelante decidía pedir algún cambio de personal en su departamento, más le valía tener a Lourdes de aliada.

Lourdes la recibió con un par de besos:

—Pero chiquilla... ¿qué has estado haciendo el fin de semana? No me lo cuentes, no me lo cuentes, que me dará envidia —le dijo con complicidad y picardía.

—Ya te aseguro yo que envidia, ninguna. Menudo rollo... me ha dicho el médico que tengo que estar una semana inmovilizada, con antiinflamatorios, y después ya veremos cómo está. Pero no creo que aguante tanto, además tengo mucho trabajo, todavía no estoy al tanto de todo en el departamento.

—Bueno, lo primero es lo primero. Manca tampoco nos sirves, así que vete a casa y cuídate, que no quiero verte por aquí mientras te duela. Hoy día, con el móvil y el portátil tienes al personal controlado —el tono de Lourdes era ahora entre maternal y profesional.

—¡Ja! Que te crees tú eso. ¡Menudos son los míos!

—Sí, ya sé que tienes alguna pieza de museo, pero... —hizo una pausa, encogiendo los hombros— ¿qué le vamos a hacer? Oye —añadió—, ¿viniste con tu coche?

—Sííí —dijo Julia acordándose de repente de que no podría conducirlo.

—Bueno, no te preocupes, ya te encuentro yo a alguien que te lleve hasta tu casa y te lo aparque frente a la puerta —afirmó Lourdes, segura de saber el nombre del escogido.

—¿En serio? —dijo Julia, con sorpresa.

—Pues claro. Anda, ve a recoger tus cosas. En quince o veinte minutos te avisan para llevarte.

## *La coincidencia*

—Muchas gracias, Lourdes, ya te diré cómo sigo  
—añadió Julia, mientras salía del despacho.

—De acuerdo, ¡cuídate!

Julia regresó a la cuarta planta, llamó a su jefe para comentarle el infortunio sufrido, a continuación le propuso redactar un documento con los datos que ella debería haber expuesto en la reunión del Comité, por si los necesitaba, e incluso se ofreció a asistir si el dolor remitía, aun sabiendo que eso no llegaría a suceder. Como era de esperar, Jaume Vilaplana, el director general, no accedió al supuesto. Le pidió algunos ajustes e informaciones de última hora y le rogó que se mantuviera al teléfono por si era necesario hacerle alguna consulta. Después, se despidió de ella amablemente y le recomendó seguir las instrucciones del médico para lograr una rápida recuperación.

A los veinte minutos sonó su teléfono. Juan, el Boinas, como le llamaban en el almacén, dada su costumbre de utilizar este curioso complemento en sus formas más vistosas y coloridas, la llamaba para indicarle que la esperaba en el aparcamiento para acompañarla a su casa.

Julia sonrió ante la elección de su acompañante por parte de Lourdes. Además de por sus boinas, Juan era conocido en la empresa por sus correrías con las féminas y, según la leyenda, ninguna se le resistía.

Espero que no se me eche al cuello, pensó, no estoy para muchas bromas.

El atractivo mocetón la llevó a casa sin hacer ningún tipo de insinuación, cosa que molestó vagamente a Julia. ¿Será que estoy perdiendo atractivo?, pensó. Al momento se dijo que sería por el estatus, pero no logró convencerse a sí misma.